

La "Independencia" y el "Araucano", dos barcos chilenos de la famosa Escuadra del Pacífico que comandó el Almirante Lord Cochrane, "fueron la causa inmediata de la declaración de la Independencia de California". En un artículo extraordinario por su valor histórico, y por lo que atañe a las relaciones entre Chile y California, el Profesor Carlos López narra en forma amena las andanzas de dos barcos chilenos por las costas de California ocurridas el año 1821.

El Profesor López es Jefe del Departamento de Lenguas Extranjeras del Menlo College y Director del Institute on Spain de la Universidad de Santa Clara. Economista egresado de las Universidades de Santa Clara y California. Autor y traductor de varios libros y artículos sobre temas históricos, se encuentra en la actualidad terminando una "Historia de la Marina de Chile". El presente artículo fue escrito especialmente para "La Gaceta Chilena".

En 1821 la escuadra chilena no tenía rivales en la costa sudamericana del Pacífico. El comercio marítimo español había desaparecido, capturado y hundido por corsarios chilenos y por la escuadra. Las naves de guerra españolas habían huído, habían sido capturadas, incendiadas o por último, habían sido cortadas dentro de sus propios fondeaderos y bajo el resguardo de sus fuertes. Como resultado de las graves desavenencias entre San Martín y Cochrane, los buques chilenos se encontraban en El Callao con víveres escasos y perdiendo día a día sus dotaciones que eran sobornadas por el Gobierno del Protector. No eran sólo los marineros los que desertaban, también los oficiales y hasta los comandantes de los buques, tentados por un sueldo, doble del que Chile prometía pagar y sobornados por fuertes primas, se habían puesto al servicio del Perú.

Ante la perspectiva de quedarse sin gente, Cochrane decidió salir del puerto con las naves apenas marineradas y dirigirse al norte. Era su esperanza encontrar a los dos únicos buques españoles que todavía no habían sido capturados: las fragatas "Prueba" y "Venganza".

Por  
Carlos LOPEZ



## Barcos Chilenos en California

Con este fin, el grueso de la escuadra chilena zarpó hacia Guayaquil. La fragata "Lautaro" al mando del Capitán Pablo Délano y el bergantín "Galvarino", al mando de Brown, fueron ordenados de vuelta a Valparaíso por falta de marineros.

Dos meses permanecieron los buques chilenos carenándose en Guayaquil, sin que en todo ese tiempo fuera posible encontrar una persistente vía de agua que tenía la fragata "O'Higgins", buque Almirante de la escuadra. Esta fragata era la antigua "María Isabel", construida en Rusia de madera de abeto, capturada por el Almirante Blanco Encalada en Talcahuano, y que había servido toda la campaña del Perú. Preparados los buques como mejor se pudo, la escuadra se hizo a la mar con destino a Acapulco, puerto donde se sabía habían ido a refugiarse las fragatas españolas.

La navegación al norte fue lenta y de poca actividad. Apenas si se encontró por toda presa un lanchón pirata peruano, al que la fragata "Valdivia" dio fácilmente caza. Frente a las costas de la actual Nicaragua los buques fueron sorprendidos por un "chubasco", verdadero tifón que se desata en esas regiones y la avería de la "O'Higgins" se convirtió en un peligro grave para el buque. Cochrane se vio forzado a entrar en la bahía de Fonseca, en busca de buen tiempo y de un varadero en que reparar su nave almirante. Como temía que las fragatas españolas fueran a escapársele, dio orden al Capitán Simpson del bergantín "Araucano", el más velero de los buques de la escuadra, de dirigirse a toda prisa a Acapulco y que allí tratara por todos los medios de mantener el contacto con el enemigo. Esto no era cosa del otro mundo para los chilenos, pues en El Callao, el "Araucano" solo había bloqueado el puerto cuando se encontraban en él tres fragatas y dos corbetas enemigas, sin que ningún buque se atreviera a presentar combate al atrevido bergantín. El "Araucano" había sido construido en Boston especialmente para corsario y tenía por lo tanto un velamen bien diseñado que lo hacía extraordinariamente rápido. Lo había llevado a Chile el Capitán Wooster con el nombre de "Colombo" y al ser comprado por el Gobier-

no montaba 16 cañones y tenía una tripulación de 110 hombres. Por la falta de marineros tenía entonces menos de 80.

Pocos días tardó el veloz bergantín en singlar al norte y fue así como a comienzos de febrero de 1822 entraba en Acapulco. El elegante balneario de hoy día, era entonces un caserío de casas muy blancas y de dos fuertes poderosos que dominaban por completo el fondeadero interior. Su única razón de existencia era que servía de término a los galeones de Manila que traían el comercio español del Lejano Oriente a Méjico. El Capitán Simpson, confiado en las banderas mejicanas que flameaban sobre el caserío y los fuertes, entró resueltamente en el surgidero, sin prestar atención alguna a un galeón español, el mercante "El Toche", al que se permitía cargar tranquilamente en el fondo de la bahía. Simpson bajó imprudentemente a tierra, donde fue tomado prisionero por los mejicanos, a pretexto de que no estaba investido de una comisión debidamente legalizada. El "Araucano", sin su Comandante, tuvo que fondear bajo los cañones de los fuertes. No sabemos qué negocios tenía en "El Toche" el Gobernador de Acapulco, o que fuerte "mordida" había recibido de sus propietarios. Lo cierto es que una vez que el mercante hubo zarpado, el propio Gobernador se presentó ante Simpson y le pidió mil excusas por el tratamiento dado, explicando que "lo había confundido con un pirata que merodeaba la costa". La excusa no podía ser más infantil, pero Simpson se alegró de verse en libertad y ordenó el zarpe inmediato del "Araucano" para esperar a la escuadra en las afueras del puerto y participar a Cochrane de lo sucedido.

El Almirante, al saber la actitud de los mejicanos, envió un mensajero a tierra con un pliego al Gobernador mejicano en el que explicaba que no venía como pirata, sino como amigo y que sólo deseaba refrescos y agua y que en caso de que se le pusiera resistencia se vería obligado a hacer uso de sus cañones. Sin esperar respuesta hizo entrar a sus buques uno por uno, con las portas de los cañones abiertas y con las mechas encendidas. Luego, como notara que los fuer-

tes estaban igualmente preparados, hizo que los buques fondearan en línea, afianzando las posiciones de las naves con anclas y coderas de manera que presentaran a los mejicanos todas las baterías posibles. El Gobernador, que sin duda era hombre cauto y buen político, fue personalmente en su lancha de gala a recibir al Almirante, invitándolo a que bajara a tierra. Cochrane se mostró cortés pero no aceptó la invitación del Gobernador, limitándose a aceptar regalos de pan y carne fresca que le envió el Gobernador a su regreso a tierra. Un pequeño mercante español que se encontraba en la bahía, retiró sus velas y procedió a vararse en la playa, quitando su tripulación el timón y enviándolo a tierra. Tal era la fama del Lord, "cuyo solo nombre llenaba de espanto dondequiera que se presentase en el Pacífico".

En Acapulco supo el Almirante que las fragatas enemigas habían permanecido fondeadas varios meses, sin que los fuertes ni el Gobierno mejicano las molestaran en lo más mínimo. Por último, cansados sus Comandantes de la inactividad y en peligro de ser capturados por sus propias tripulaciones que amenazaban amotinarse, zarparon hacia el sur en busca de Cochrane para entregarse a la escuadra chilena. Los buques se habían cruzado en alta mar y a los chilenos no les quedó otra cosa que reaprovisionarse para volver al sur. El Emperador Iturbide, al saber que la escuadra chilena se encontraba en Méjico, envió un mensaje especial a Cochrane, honrándose de tenerlo como huésped, ofreciéndole todos los servicios de su Imperio e invitándolo a que fuera a Méjico. Mucho lamentó Cochrane tener que rechazar la invitación, pero para el Almirante sus buques y tripulaciones eran lo primero. Para empezar, no había en Acapulco víveres con qué aprovisionar las naves. Por esta razón ordenó al Capitán Wilkinson de la corbeta "Independencia" que junto con el "Araucano" saliera a las costas de California con el fin de comprar harina de trigo y bueyes para el charqui.

Luego de recalcar en las islas Tres Marías, el Comodoro Wilkinson dio orden al Comandante Simpson para que se dirigiera al golfo de California, donde se hallaba la capital de las misiones franciscanas, para que se proveyera allí de

ganado. Simpson entró sin dificultad en el golfo y luego de hacer averiguaciones, puso rumbo a Loreto, donde vivía el superior, quien sin preocuparse de la revolución mejicana, creía seguir dependiendo directamente de España.

La "Independencia" puso rumbo al puerto de San José, en el extremo sur de la península de California. Gracias a varios botes pescadores con que se encontró, supo que en el puerto se encontraba anclado un bergantín español. Ordenó el Comandante "disfrazar" a la corbeta de mercante inglés ocultando las troneras de los cañones con lona y substituyendo el tricolor chileno por la bandera inglesa. El Comandante español fue engañado completamente. Al pasar la "Independencia" por su costado dio órdenes terminantes en inglés de anclar bajo sus cañones y de que se le trajeran los papeles del buque. Wilkinson obedeció con la timidez del inocente. Ancló y ordenó bajar un bote, pero al tiempo que los marineros empezaban a remar, se tocó a zafarrancho, se destaparon los cañones y la "porotera" tricolor reemplazó al "Union Jack" en el pico de mesana. Al reconocer la bandera de Chile el bergantín se rindió. Ya se sabía en esas costas que contra los buques de Chile nadie se había batido con éxito. El buque resultó ser el "San Francisco Javier", que cargaba diez y seis cañones. Usando los prisioneros como rehenes pudo Wilkinson obtener el ganado que necesitaba y mediante un hábil golpe de mano, logró capturar a los dos oficiales españoles de más alta graduación en el territorio. Estos señores se mostraron tan entusiastas por la causa chilena que ayudaron en toda forma a los marinos, sirviéndoles de guías y de intermediarios con los habitantes del país.

Wilkinson se entregó con su gente a la pesada tarea de beneficiar las reses y salar la carne en tiras. Había que machucar, secar y atar el charqui ante de embarcarlo a bordo. Envío también varias expediciones armadas hacia el interior. En una de estas el Teniente Campbell, norteamericano al servicio de Chile, fue muerto por los indios con varios de sus hombres y los sobrevivientes fueron llevados con grillos a las minas de San Antonio. Wilkinson envió un parlamenta-

rio, pero el intendente de las misiones no lo aceptó como tal y lo puso en el cepo como criminal.

La situación del Comodoro era insegura e incómoda. A estos problemas se sumaba la falta absoluta de noticias del "Araucano", cuando llegó a San José el Padre Superior de las Misiones de California, quien sin duda había oído del "Araucano" en su viaje al interior del golfo y que estaba firmemente convencido de que toda la escuadra chilena había arribado a las costas de California. El buen fraile comprendió al momento la imprudencia del intendente. Temeroso de incurrir en la furia del Almirante Cochrane, a quien se apodaba "El Diablo", hizo liberar a los prisioneros, presentó excusas y por último, en vista de que los chilenos dominaban el mar, decidió proclamar la independencia de California. Este hecho de gran importancia histórica, tuvo lugar en la misión de San José en presencia del Capitán Wilkinson y un destacamento de su buque que había bajado a tierra a participar en la ceremonia y en un gran banquete que el superior ofrecía a los marinos para conmemorar esta gran ocasión. En las gradas de la iglesia misionera el sacerdote preguntó a los mil quinientos indios allí reunidos si querían ser independientes. Según el Teniente Vowell: "todos contestaron afirmativamente como lo habrían hecho sin duda ante cualquiera otra proposición del misionero". La "Independencia" disparó entonces una salva y los indios, que ya habían recibido un barril de pisco que se les envió desde a bordo, contestaron con otra salva, sin preocuparse de que sus fusiles estaban cargados con balas, de manera que la celebración amenazó por momentos en convertirse en batalla. Afortunadamente los de a bordo no contestaron el "saludo" y no hubo que lamentar desgracias.

El beneficio de los vacunos seguía con la premura que el "roto" bajo el mando de un inglés imprime a cualquier tarea. El contador, señor Monroy, pagaba a 4 pesos la cabeza. Los marineros mataban el ganado en tierra y luego ponían la carne a secar a bordo, donde se empaquetaba y guardaba.

Como el "Araucano" no daba señales de vida, Wilkinson envió a un Teniente por tierra en compañía de un oficial español, a investigar la tardanza del ber-

gantín. Este oficial se encontró con un marinero que también viajaba por tierra en busca de auxilio, pues su buque se había amotinado, abandonando a parte de la tripulación y al Comandante en tierra.

A pocos días llegó el Comandante Simpson en bote a San José. Venía exhausto después de remar en el mar abierto las 200 millas que hay de Loreto a San José. Simpson comunicó al Comodoro que la expedición había tenido gran éxito, pues había tocado en Guaymas, comprando harina de trigo a nueve pesos la carga en mula y beneficiando ganado en Loreto. En este último puerto sólo faltaba embarcar el charqui y cuando bajó a tierra para apurar la operación, el Contramaestre, que se había quedado a cargo del buque, se sublevó con los marinos extranjeros. Hizo bajar a tierra a los chilenos y salió con los amotinados a cruzar como pirata.

Wilkinson embarcó a su gente y se fue al norte a recoger a los sobrevivientes del "Araucano". Luego subió hasta el fondo del golfo cargando harina y raíz de biznaga y cuando tuvo las bodegas llenas zarpó en dirección a Guayaquil, punto de reunión señalado por Cochrane. Terminaba así la primera expedición chilena en las costas de la América del Norte. La escuadra chilena en Acapulco dejó una canción, un remedo casi irreconocible de nuestra "cueca" que todavía se baila en el estado de Guerrero con el nombre de "La Chilena". La "Independencia" y el "Araucano", en su expedición al norte, fueron la causa inmediata de la declaración de la Independencia de California. La "Independencia" regresó a Chile y participó más tarde en las campañas de Chiloé. Poco sabemos del "Araucano", cuya tripulación trató de llegar a las costas de la Alta California llegando hasta Santa Bárbara. Pero, desalentados por el viento y la corriente contraria, pusieron rumbo al sur llegando hasta Tahiti. Allí el buque fue abordado por un irlandés y seis hombres, y gracias al valor extraordinario y la sorpresa fue capturado. Mr. Ebry, que así se llamaba este valiente, envió una carta al Gobierno de Chile poniendo el buque a su disposición. Pero la carta no llegó jamás y el "Araucano" se pudrió lenta y silenciosamente en espera de manos chilenas que manejaran otra vez sus jarcias.